

¿Era todo admiración sincera, ó impulsaba al favorito de los reyes españoles algún motivo secreto para dirigir al victorioso emperador, con quien había estado poco tiempo hacía en casi abierta enemistad, tan tierna, espresiva y lisonjera felicitación? El designio que á ello le movía revelábase en el resto de esta carta confidencial, que á su tiempo daremos á conocer, porque se refiere ya á hechos de la vida interior del palacio de nuestros reyes, á aquellas intrigas que en aquel tiempo se cernían ya dentro del régio alcázar, y que al fin estallaron en esplosiones y acontecimientos ruidosos, de que habremos de dar cuenta en otro lugar ⁽¹⁾.

respondencia entre Napoleon y el príncipe de la Paz.

(1) El lector habrá observado y de todos modos no será inútil advertirlo, que nuestro propósito es anticipar en este volumen la historia de los sucesos de este reinado en lo relativo á la política exterior, ó sea á nuestras relaciones internacionales, á fin de quedar desembarazados para referir en otro volumen lo que per-

tenece al gobierno interior del reino en todos sus ramos, el origen, naturaleza y desenvolvimiento de aquellas intrigas políticas, que unidas al influjo de los sucesos exteriores produjeron al fin las fatales escenas del Escorial, el tumulto de Aranjuez, el drama de Bayona, y por último la guerra nacional con todas sus importantes consecuencias.

CAPITULO XIV.

JENA.—FRIEDLAND.—PAZ DE TILSIT.

PROYECTOS DE NAPOLEON SOBRE ESPAÑA

Y PORTUGAL.

De 1805 á 1807.

Humillacion de Prusia.—Tratos de avenencia entre Napoleon y el ministro inglés Fox.—Cuestion de Hannover.—Destronamiento de los reyes de Nápoles por Napoleon.—Coloca en aquel trono á su hermano José.—Proyecta Bonaparte la formacion de un imperio de Occidente.—Reparticion de reinos y principados.—Luis, rey de Holanda.—Destruye Bonaparte la Confederacion Germánica.—Forma la Confederacion del Rin.—Frústranse los [tratos de paz con Rusia é Inglaterra.—Reaccion del espíritu público en Prusia.—Exaltacion nacional contra Francia.—Proclamacion de guerra.—La acepta Napoleon, y marcha á Prusia al frente del ejército grande.—Célebres triunfos de Jena y Awerstaed.—Napoleon en Berlin.—Famoso decreto del bloqueo continental.—Marcha á Polonia en busca de los rusos.—Napoleon en Varsovia.—Sangrienta batalla de Eylau.—Levanta Napoleon un ejército de seiscientos mil hombres.—Memorable triunfo de Friedland.—Entrevista de Napoleon con el emperador de Rusia y el rey de Prusia.—Conferencias de los emperadores Napoleon y Alejandro en Tilsit.—Estrecha amistad que hacen.—Paz de Tilsit.—Regreso de Napoleon á París.—Guerra entre España é Inglaterra en este tiempo.—Espediciones inglesas contra las colonias españolas.—Gloriosa defensa de Buenos-Aires.—Heroismo de don Santiago Liniers.—Relaciones entre

Francia y España.—Tratos entre ambos gobiernos sobre Portugal.—Negociaciones entre Napoleon, Godoy, Talleyrand é Izquierdo sobre la invasion y reparticion del reino lusitano.—Esplicacion de la conducta reciproca de Napoleon y el príncipe de la Paz.—Felicitation de éste al emperador.—Móvil que le impulsó á dar este paso.—Amistad y condescendencias de Godoy con Napoleon.—Cambio repentino en la política de Godoy.—Su proclama llamando á las armas á los españoles.—Se arrepiente de esta ligereza y procura enmendarla.—Disimulo de Napoleon.—Conducta de Godoy en el asunto del destronamiento del rey de Nápoles.—Cuerpo auxiliar de tropas españolas pedido por Napoleon y enviado al Norte.—Vuelve Napoleon á sus proyectos sobre España y Portugal.—Resuelve la invasion y particion del reino lusitano.—Destina los Algarbes al príncipe de la Paz.—Famoso tratado de Fontainebleau.—Orden de avanzar las tropas francesas á Portugal por España.

Acontecimientos de tal magnitud, alteraciones tan radicales y de tanta consecuencia hechas en los grandes estados de Europa, condiciones y ajustes arrancados á naciones poderosas por la fuerza mandada y dirigida por un hombre dotado de prodigioso genio y de maravillosa fortuna, no podian quedar definitivamente terminados por un tratado escrito y firmado por dos emperadores, y por un concierto de mala gana hecho y no de buena fé suscrito entre otros dos soberanos, y no podian menos de dejar en pos de sí el gérmen de ulteriores disidencias, y de complicaciones y sucesos ni menos graves ni menos fecundos en trastornos que los anteriores: que ni es cosa fácil variar de un golpe y de un modo estable y perenne estados antiguos, ni puede esperarse resignacion y conformidad duradera de parte de los que han sido siglos en-

teros poderosos, y en circunstancias azarosas han tenido que ceder á la necesidad y someterse á la ley de un triunfador afortunado.

Todavía resonaban en París los cantos de júbilo; aun duraba la impresion de las fiestas celebradas para la colocacion de las banderas cogidas á la Europa coligada; pensábase en los monumentos triunfales mandados erigir por el senado al vencedor de Austerlitz; dedicábase Napoleon con su infatigable actividad al arreglo de la mal parada hacienda y al restablecimiento del crédito de la Francia, con medidas que afectaban directamente al tesoro español, como tendremos ocasion de observar; aun estaba dictando el victorioso emperador sus órdenes para que el ejército grande se reuniese en París á recibir las ovaciones que le preparaba el pueblo, cuando ya la córte de Prusia, abochornada del afrentoso tratado de Schoenbrunn, miserable y vergonzosa contradiccion del de Postdam, comenzó á sentir el remordimiento del patriotismo ultrajado; remordimiento que en el ejército produjo indignacion; dolor en el rey y en el pueblo; en la reina, en el príncipe Luis y en su camarilla la ira del amor propio humillado. El negociador Haugwitz habia sido mal recibido por todos, y en torno suyo oía zumbiar las murmuraciones y los gritos de queja. Convocado un consejo de los principales personages del reino, se acordó no admitir el tratado sino con ciertas modificaciones que alli se propusieron. ¡Vano é inútil ensayo de energía y

de dignidad! Llevadas á París estas modificaciones por el mismo Haugwitz, Napoleon, cada vez mas penetrado de la flaqueza de Prusia, despues de mostrarse pesaroso de lo mucho que decia haberse concedido en Schoenbrunn, impuso al plenipotenciario prusiano condiciones mas onerosas, suprimiendo algunas de las anteriores, y obligándole á firmar otro tratado, en que no solo garantizaba Prusia la integridad del imperio francés tál como se habia constituido por la paz de Presburgo, sino tambien el resultado de la guerra de Nápoles, aunque trajera el destronamiento de los Borbones y la elevacion de un Bonaparte al trono de las Dos Sicilias (15 de febrero, 1806): condicion repugnante, que colocaba al monarca prusiano en la mas falsa posicion con el emperador de Rusia, protector de los Borbones napolitanos, y que sin embargo tuvo que aceptar la córte de Berlin con la frente cubierta de rubor. Con esta crueldad humillaba Napoleon á los soberanos débiles, aunque todavía de gran poder, y asi expiaba la córte de Berlin su conducta vacilante, veleidosa y falsa, y la infraccion del célebre juramento hecho en Postdam ante la tumba de Federico el Grande.

Y todavía, siguiendo su malhadado sistema de hipocresía, y no escarmentada de lo caras que iba pagando sus inconsecuencias, dotada en aquel tiempo de una especie de don de errar, trató de disculparse y entenderse con Rusia y con Inglaterra, para recibir

de cada una en respuesta un nuevo bochorno. El emperador Alejandro, no obstante que culpaba á sus jóvenes y presuntuosos militares de haberle comprometido á dar la batalla antes de contar con el socorro de los prusianos, se abstuvo bien de aprobar la conducta y los actos de la córte de Berlin, y le pronosticó lo que le habia de suceder. La Gran Bretaña fué mas cruel con ella. Su gabinete contestó con un manifiesto, llenando de dictérios á la córte de Prusia, declarando que se habia echado miserablemente en brazos de Napoleon, y que, despreciable por su codicia y por su servilismo, era indigna de ser oida.

Debia ser tanto mas sensible para Prusia este aislamiento en que por sus veleidades iba quedando, cuanto que en este tiempo estaban mediando entre las dos potencias esencialmente rivales y enemigas, Inglaterra y Francia, relaciones é inteligencias tales que indicaban la posibilidad de avenirse y concertarse entre sí. Púsolas en este camino, en primer lugar la muerte del ministro inglés Pitt (23 de enero, 1806). Este célebre ministro, que á la edad de cuarenta y siete años contaba veinte y cinco de honrosas luchas parlamentarias y veinte de gobernar con talento una nacion tan grande como la inglesa en medio de las agitaciones de Europa y enfrente de la revolucion y del imperio francés, murió entre fatigas, pesares y disgustos, acusado con pasion en el último período de su vida por sus compatriotas. Sucedióle en el ministerio su digno y an-

tiguo antagonista Mr. Fox. Sobre ser este honrado ministro contrario á la política belicosa de Pitt, una feliz casualidad le puso en vías de entablar decorosamente relaciones de amistad con el emperador de los franceses. Un dia se introdujo en su casa un hombre que se ofreció á asesinar á Napoleon. Fox indignado entregó aquel miserable á la policia inglesa, y escribió á Talleyrand noticiándole el hecho, y poniendo á su disposicion los medios de perseguir al criminal si lo creia conveniente ó necesario.

Agradecido Napoleon á tan generoso comportamiento, hizo que su ministro le diera las gracias en su nombre, con espresiones que indicaban el feliz presagio que le hacia concebir tan noble accion. Contestóle el ministro inglés en términos los mas cordiales, ofreciendo francamente la paz en beneficio de la humanidad y del reposo de Europa. Enamoró tan expansivo lenguaje á Napoleon, que tambien deseaba, para los fines que luego veremos, reconciliarse con la Gran Bretaña. Disentian sin embargo en el modo como habian de entenderse. Uno de los principios diplomáticos de Napoleon era tratar separadamente con cada potencia, porque asi sacaba mejor partido y deshacia mejor las coaliciones. Pretendia Inglaterra que se hiciese con la intervencion de Rusia, asi por obligarla á ello las condiciones de un tratado, como por ser su sistema no aislarse nunca del continente. Continuáronse estos tratos por medio de un personage inglés,

lord Yarmouth, que habia estado prisionero en Francia, y habia sido devuelto con otros á peticion de Fox. Afortunadamente para ambas naciones su primera diferencia desaparecia en virtud de haber manifestado tambien el emperador de Rusia disposiciones á entrar en tratos de paz con Francia, disgustado de una lucha á que le habian comprometido ligeramente sus jóvenes consejeros.

Ibanse aproximando tambien los negociadores ingleses y francés en cuanto á las estipulaciones. Porque Napoleon, no guardando ya miramiento ni consideracion alguna á la Prusia, restituía á Inglaterra el Hannover, si bien indemnizando á aquella con un equivalente en Alemania. Y como la devolucion de aquel reino era lo que mas importaba á los ingleses, no habia dificultad grave en lo demás, puesto que Francia reconocia ya á Inglaterra la posesion de sus dos principales conquistas, Malta y el Cabo de Buena Esperanza, é Inglaterra no disputaba ya á Francia la dilacion de su territorio hasta los Alpes y el Rhin, su protectorado de los principados alemanes, y toda la Italia, incluso el reino de Nápoles; de modo que la única dificultad seria que quedaba era si se habia de comprender ó nó la Sicilia, todavia no conquistada entonces por las armas francesas.

Porque es de advertir, que en tanto que estas negociaciones se agitaban, Napoleon, llevando adelante su amenaza hecha en Viena de hacer que dejara de rei-

nar en Nápoles la reina Carolina cuyas locuras le tenían tan irritado, envió á aquel reino un ejército de cuarenta mil hombres, el cual en poco tiempo se apoderó de las principales plazas napolitanas, en términos que los reyes Fernando y Carolina, viendo que no podían conjurar aquella tempestad, abandonaron á Nápoles y se refugiaron en Palermo, llevando, como ya lo habian hecho otra vez en tiempo de la república, todo el dinero de las cajas del tesoro. En su virtud entró José Bonaparte en Nápoles (15 de febrero, 1806), escoltado por el cuerpo de Massena, donde por entonces tomó José solo el título de lugar-teniente de Napoleon, pero pasando á los ojos y en el concepto de todos por el rey designado para aquel reino. Déjase comprender la sensacion que causaria en la corte de España, y principalmente en el ánimo del buen Carlos IV., hasta entonces el mas fiel y tambien el mas antiguo aliado de la Francia y de Napoleon, el destronamiento de uno de los Borbones, tan inmediato deudo suyo. Después veremos el efecto y resultados que esto fué produciendo en las relaciones del gobierno español con el gran dominador de Europa, y vamos ahora á conocer todo el pensamiento que precisamente á la sazón comenzó á desarrollar ostensiblemente el hombre embriagado con los triunfos de Marengo y de Austerlitz.

Era el pensamiento de Napoleon nada menos que la formacion de un grande imperio de Occidente, ó sea la resurreccion del que antiguamente habia for-

mado Carlo-Magno, pero con porcion de reinos tributarios, y de otros estados de segunda y tercera gerarquía, todos feudatarios y dependientes del imperio francés, y distribuidos entre los miembros de su familia y entre sus mas adictos y mejores servidores, los cuales serian otros tantos grandes dignatarios del imperio, con los títulos de gran elector, condestable, archi-canciller, etc. A esta idea, producto de una inmensa ambicion personal, iba asociado un laudable afecto de familia y un sentimiento noble de recompensa y de premio á los que le habian ayudado en sus grandes empresas. El repartimiento que proyectaba y que comenzó á hacer, fué el siguiente. Su hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais era ya virey de Italia, cuyo estado acababa de acrecer grandemente con la agregacion de Venecia. José, su hermano mayor, era el designado para rey de Nápoles, con la Sicilia cuando acabára de ser conquistada. Destinó la Holanda á su hermano Luis, convirtiéndola en reino, porque era menester que todo tomase ahora la forma monárquica, como ántes todo se habia asimilado á la república madre. Los Estados alemanes y hasta los pontificios, aun á costa de indisponerse con el papa, y so color de que él era el Carlo-Magno de la Iglesia romana, puesto que la habia restablecido, tuvieron que contribuir con su contingente para formar territorios en que domináran los hermanos y los servidores de Bonaparte. Así Murat fué proclamado gran duque de Cleves y de Berg

(15 de marzo, 1806): José, rey de Nápoles y de Sicilia (30 de marzo): Luis, rey de Holanda (5 de junio): Paulina Borghese, duquesa de Guastalla: Elisa lo era ya de Luca: Berthier, príncipe de Neufchatel: Talleyrand, príncipe de Benevento, y Bernadotte, príncipe de Ponte-Corvo.

Por este orden repartía tronos, coronas y principados un soldado de genio y de fortuna. ¡Y aun aquella dilatada y favorecida familia no se daba todavía por satisfecha! Quejábanse amargamente los hermanos para quienes aun no habían vacado ó no habían sido adjudicados tronos. Hasta la madre del emperador, con ser la mas modesta de todos, significaba apetecer mas honores y distinciones: que hay pocas ambiciones mas difíciles de satisfacer que las de una familia de repente encumbrada de la nada.

¿Se contentaría el que había destronado á Fernando de Nápoles con lanzar del sòlio á este solo Borbon? ¿No pensaría ya entonces en España, en Portugal y en Etruria? El nuevo Carlo-Magno, el que aspiraba al título de emperador de Occidente, el creador de reinos tributarios, ¿no tendría ya entonces ideado que la familia Bonaparte reemplazara á la vieja dinastía de los Borbones en las dos penínsulas, italiana y española, como la había reemplazado ya en Francia? Etruria era una creacion suya, que desharia con solo querer. Portugal le había sido siempre hostil. De la amistad de España andaba ya desconfiado. Pero es-

taba en tratos de paz con Inglaterra, y no era todavía la sazón de romper. Hoy escribimos despues de conocidos los sucesos: pero entonces mismo debió ser fácil su prevision.

Hubiérase comprendido que quisiera sujetar á un solo cetro los pueblos del Occidente y Mediodía de Europa, los pueblos de la raza latina, semejantes en civilizacion, en idioma y en costumbres, que hubiera querido sustituir el imperio francés al imperio germánico. Pero la circunstancia de haber comenzado este último á descomponerse por la série de acontecimientos que hemos visto sucederse, le inspiró la idea de acabar de desmoronarle, formando una nueva confederacion con los estados del Mediodía de la Alemania, ramas que él mismo acababa de desgajar del árbol secular del imperio germánico, y reclamaban su proteccion; y colocando príncipes franceses en Alemania, y uniendo así los germanos á los francos, sujetar los pueblos del Norte á los del Mediodía, y constituir de este modo una especie de monarquía universal, al modo de la que hubieran podido soñar Carlos V., Felipe II. y Luis XIV. La intervencion anterior en la secularizacion de los principados eclesiásticos de Alemania y en las indemnizaciones que se siguieron; la desmembracion reciente que había hecho de Baviera, Wurtemberg y Baden; su alianza con estos principados de la Alemania Meridional, y las instancias de estos mismos á que los tomara bajo su protectorado; el título de Car-

lo-Magno con que le apellidaba el mismo príncipe archi-canciller; los consejos de Talleyrand; su deseo de acabar de disolver el antiguo imperio germánico, todo le movió á formar una nueva confederacion de que él habia de ser protector, con el título de *Confederacion del Rhin*. (1). Este tratado (12 de julio, 1806), que destruia un imperio de mas de mil años de antigüedad, dió á conocer todo el sistema europeo de Napoleon, tener el Mediodía de Europa bajo su soberanía con reyes de su familia, los príncipes del Rhin bajo su protectorado.

Lo admirable y lo singular de aquel genio privilegiado es, que al tiempo que desenvolvía y ejecutaba tan vastos planes, estuviera reorganizando en lo militar, en lo civil, en lo político y en lo administrativo la Francia. Puso el ejército grande bajo un pié formidable, dispuesto á caer donde fuese necesario; hizo terminar los canales, caminos y puentes comenzados, y

(1) La Confederacion del Rhin se compuso por entonces, de los reyes de Baviera y Wurtemberg, del príncipe archi-canciller arzobispo de Ratisbona, de los grandes duques de Baden, Berg, y Hesse-Darmstadt, de los duques de Nassau-Usingen y Nassau-Weilbourg, de los príncipes de Hohenzollern-Heschingen, y Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm, Salm-Kirbourg, Isembourg, Aremberg, Lichtenstein y la Leyen.—Se hizo una circunscripción geográfica, y todo príncipe comprendido en ella que no hu-

biera sido incluido en el acta constitutiva, perdía la cualidad de príncipe soberano.—Los confederados se declaraban separados por siempre del imperio germánico, y habian de estar en perpetua alianza ofensiva y defensiva con Francia: ésta habia de suministrar un contingente de doscientos mil hombres, y la Confederacion el suyo de sesenta y tres mil, de los cuales treinta mil correspondian á Baviera, etc. Todas las casas alemanas podían adherirse á este tratado.

proyectó otros de mayor importancia; se construyeron unos y se idearon otros de los grandes monumentos de la capital, tales como la famosa columna de la plaza Vendôme, el magnífico arco de la Estrella, las principales y mas bellas fuentes, el arco triunfal del Carrousel y la conclusion del palacio del Louvre: mandó restaurar á San Dionisio, y acabar el Panteon: se publicó el código criminal, y se dió una organizacion mas perfecta al Consejo de Estado; creó la Universidad, y aumentó considerablemente el número de escuelas públicas. Y por último reorganizó el Banco de Francia, liquidó los atrasos rentísticos, completó un sistema de impuestos y dictó medidas económicas dignas de estudio.

De propósito, y para darse tiempo á arreglar lo del Rhin, habia ido difiriendo las conferencias con Rusia é Inglaterra, con las cuales prosiguió luego negociando. En verdad el representante de Rusia se mostró menos exigente que el de la Gran Bretaña. Aquél se concretó á salvar el decoro de su nacion, conservándole el carácter de potencia influyente y mediadora, y los compromisos que tenia con sus protegidos los reyes del Piamonte y de Nápoles. La cuestion estaba en conservar para este último siquiera la Sicilia, á lo cual se negaba absolutamente Napoleon, que la queria para su hermano José. En cambio discurrió dar las islas Baleares al príncipe real de Nápoles, con una pension pecuniaria á los reyes destronados. ¿Qué im-

portaba á Napoleon que las Baleares fuesen de España, la nacion que hacia tantos años se estaba sacrificando á su amistad? Asi disponia de los estados, sin mirar de quién fuesen, como árbitro supremo de todos; contando además con que aun le quedaba en Italia un rincon de que disponer, y que haria servir de indemnizacion á España, distase ó nó de ser equivalente. Ello es que así logró ajustar la paz con Rusia, estipulándose lo de la pension en metálico á los destronados reyes de Nápoles, y la cesion de las Baleares al príncipe real, en los artículos secretos del tratado que firmaron (20 de julio, 1806) los plenipotenciarios de Francia y Rusia, Talleyrand y Oubril.

Más no hubo igual docilidad de parte de Inglaterra. Al contrario, sus representantes, primero lord Yarmouth, después lord Lauderdale, insistieron en no transigir mientras no se dejase la Sicilia al rey de Nápoles, dando además las Baleares al del Piamonte. Fiaba Napoleon en que el tratado con Rusia obligaria á la Gran Bretaña á desistir de aquella exigencia y á conformarse con lo mismo á que se habia acomodado el plenipotenciario del imperio moscovita, y aguardaba con cierta confianza la ratificacion del gabinete de San Petersburgo. Fué sin embargo una de las pocas ocasiones en que se equivocó en sus cálculos Napoleon. El emperador Alejandro, instigado por la Inglaterra, no obstante su deseo de paz, negóse á ratificar el tratado suscrito por Oubril (agosto, 1806); cosa que

sorprendió é incomodó á Napoleon, tanto más cuanto que llegó á París esta respuesta en ocasion en que dos graves sucesos alejaban las bellas esperanzas de paz que se habian concebido y que habian estado tan próximas á realizarse.

Uno de estos acontecimientos era la muerte del ministro inglés Mr. Fox, de aquel hombre tan propenso á todo lo que fuera aliviar de males á la humanidad, y en cuyas pacíficas tendencias cifraba el mundo su reposo: verificándose así que en un mismo año faltáran á Inglaterra aquellos dos hombres, rivales siempre y opuestos en política, pero grandes ambos y ambos excelentes ministros dentro de su sistema, Pitt y Fox. El otro acontecimiento era la actitud belicosa que de repente habia tomado la Prusia. Esta nacion, tan censurada hasta entonces por aquellas ambigüedades, por aquellas debilidades é inconsecuencias á favor de las cuales se habia mantenido diez años en una estraña y casi inconcebible neutralidad; al verse tratada con indiferencia por Rusia, con frialdad por Austria, con dureza por Inglaterra, con menosprecio por Francia, y con no mucho interés por la España misma (1); al verse como abandonada por todas; que sin contar con ella se habia formado la nueva confederacion con

(1) Por mas que después el príncipe de la Paz haya querido justificar en sus Memorias la conducta del rey y del gobierno prusiano en sus transacciones, el general Pardo que estaba entonces de embajador en Berlin, no se recataba de decir públicamente que no merecia Prusia que por ella se prolongasen un solo dia los males de Europa.

estados germánicos; que sin darle parte trataban Francia é Inglaterra de volverle á quitar el Hannover; alarmada con voces y noticias, ciertas algunas, inventadas ó exageradas las más; sospechando ya traicion en todas partes, pasó rápida y sucesivamente del desaliento á la tristeza, de la tristeza á la desesperacion, y de la desesperacion á una especie de furor y de arrebato ó delirio patriótico, que estalló de repente y se difundió en el pueblo, en el ejército, en la nobleza, en el palacio, y de que el rey mismo se sintió poseido y como embriagado.

El entusiasmo popular, mucho mas difícil de excitarse en los pueblos gobernados por reyes absolutos que en los pueblos libres, se pronunció allí de un modo violento á la idea del orgullo nacional humillado y ultrajado: por todas partes resonaban canciones patrióticas é himnos de guerra: las tropas la demandaban; el pueblo la pedía tumultuariamente. Napoleon que no habia pensado entonces acometer á Prusia, y estaba dispuesto á retirar sus tropas de Suabia y de Franconia y hacerlas repasar el Rhin si Prusia desarmaba las suyas; pero que á vista de aquel extraño vértigo receló si existiria contra él una nueva coalicion europea, dispúsose á responder con la guerra. Desde aquel momento fué fácil augurar nuevas y no menos terribles calamidades para Europa.

Laudable como era el entusiasmo patriótico de los prusianos, la provocacion á la guerra por su parte no

podia ser ni mas imprudente ni menos oportuna, aislada entonces la Prusia de las demas potencias, cuando habia malogrado las mejores ocasiones de pelear en union con Austria y Rusia, y hallándose todavía el grande ejército francés, victorioso de Austerlitz, en el centro de Alemania. El reto era arrogante, y propio de quienes decian que si Napoleon habia vencido á los austriacos y á los rusos, consistia en la debilidad y en la degradacion de aquellos y en la ignorancia de éstos, pero que ahora tenia que habérselas con los soldados y con los discípulos del Gran Federico. Pero á Napoleon no le pusieron en cuidado aquellas bravatas, porque conocía que le sobaban elementos para batir y vencer á sus nuevos enemigos. Lo que no comprendia, á pesar de su gran talento, era que aquella inesperada osadía pudiera ser hija de un mero arrebato del pueblo y de la córte prusiana; no concebía aquella temeridad sino mirándola como la primera explosion de una nueva conjuracion europea sordamente tramada contra él, y así las precauciones y medidas que tomó fueron como si hubiera de pelear con la Europa entera, y se preparó para llegar, si era necesario, á las estremidades del continente. Dió sus órdenes é instrucciones para la defensa de Holanda, de Italia, de Nápoles, de los estados de la Confederacion, de las costas y puertos de Francia, dispuso la movilizacion y distribucion de mas de cuatrocientos mil hombres, para ocurrir donde quiera que fuese menester en